



LOS GRANDES MAESTROS: **CHOPÍN**

ΠΣΥΜΑ Υ ΕΑΡΤΖ

Número 157

El sol de la Bohemia ó la Bohemia sin sol

MENTIRAS QUE SON VERDADES

VIII

SUPONGO que el lector que me lea con asiduidad (si tengo alguno) recordará que el inclito Pelayo del Castillo y el nunca bien ponderado Guyón, ingresaron en el hospital general de la Villa y Corte



de Madrid, á consecuencia de haberlos pisoteado la elefanta de la casa de fieras del Retiro, escapada y espantada por el estruendo de los cañones del general O'Donnell el día nefasto en que substituyó en el [poder al general Espartero.

Ambos ilustres bohemios, (me refiero á Guyón y á Pelayo) se restablecieron en el mismo tiempo, poco más ó menos. Pelayo fué dado de alta por la mañana, se despidió de su amante Anita, que continuaba en el susodicho hospital por causa de la mantadura que la infirieron las Tres Gracias desgraciadas y borrachas por añadidura, y salió á la calle con el ansia del preso que se evade de su prisión. Pero Pelayo sentía doble sed; la de la libertad y la de la bebida alcohólica; habia tenido catorce días de abstinencia forzosa y esto es demasiado para un curda que se respeta.

¿Cómo beber, cómo proporcionarse algún dinero

para este ideal? Sentóse en un guardacantón de la calle de Atocha, y á fuerza de pensar se le ocurrió una idea; ¡idea absurda! la pasión obscureció su habitual sagacidad.

El autor de «El que nace para ochavo» sólo fué conocido en el mundo de las letras por la peor de sus obras. Escribió algunas bastante mejores para otros, y más de dos aplaudidos escritores cómicos se engalanaron con las plumas del desastrado bohemio. Pensó éste en un capitán, que además de manejar las armas de servicio, esgrimía péñolas agenas, y se dirigió á su casa. Era, Pelayo, autor y actor cómico, aunque no le había dado por representar, y para presentarse al Capitán *se hizo un aspecto y fisonomía convenientes.* Saludó apenas, como si la emoción se lo impidiera, dejóse caer en una silla con los ojos llenos de lágrimas, y mirando á aquél, que á su vez le miraba sorprendido, exclamó:

—¡Don Gabriel, después de tantos golpes, he sufrido el de gracia!

—¿Qué le pasa á usted?

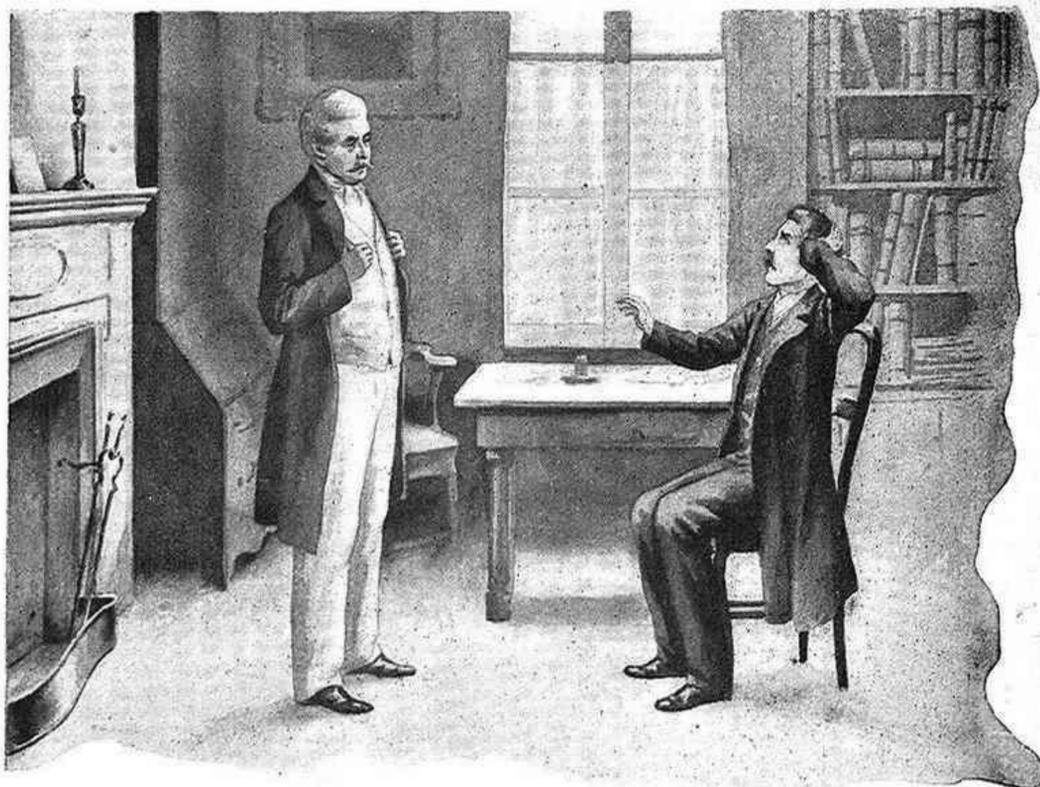
—¡Don Gabriel, Anita ha muerto!

—¿Que ha muerto Anita, dónde, cuándo, cómo?

—Esta mañana, en el hospital... Yo no no la sobreviviré; ella era mi único bien, mi único consuelo. ¡y luego dicen que Dios es bondadoso!

—Sosiéguese usted.

—«¡Anita ha muerto, Anita será llevada á la Sala de disección!»—Y levantándose con ímpetu, prosiguió diciendo:—¡Oh! ¡don Gabriel, se lo pido á usted por la memoria de su madre, por la de los seres que más haya querido, deme usted para enterrarla, de cualquier modo que sea, que pueda yo cumplir para con ella este último deber de gratitud por tanto ca-



riño, por tanta paciencia y por tanta abnegación como ella me consagró!

Y Pelayo, al soltar este parlamento teatral, ¡llora-

ba á moco tendido. El capitán, magüer su oficio de matar hombres (aunque no había matado ninguno) y de explotar la literatura ajena, era una buena persona, y además, le convenía tener contento á Pelayo. Se conmovió, rascóse la barba, movimiento habitual en él, y pareció reflexionar. Luego dijo, después de una pausa:

—Pues es el caso, amigo Pelayo, que me coge usted con dos pesetas...

—¡Oh!—exclamó el bohemio, llevándose las manos á la cabeza.

—Y con dos pesetas nada podemos hacer... pero en fin, hay que hacer algo; comprendo lo que usted estará sufriendo y voy á hacer por usted y por Anita, lo que no haría para mí... Voy á empeñar mis cubiertos de plata, usted me ayudará á rescatarlos.

—Yo haré cuanto usted me pida, y con nada podré pagarle...

El capitán se entró en el interior de la casa. Á



Pelayo se le dilató el corazón, y se le hizo agua la boca, ¡cubiertos de plata! ¡qué perspectiva de jumerá!

Volvió á salir don Gabriel, con el sombrero puesto y con una cajita en la mano, y dijo:

—No son más que tres, cuando alguna vez los he empeñado me han dado dos duros por cada uno; supongo que habrá bastante.

—Creo que sí.

—Pues, vamos.



Desde la calle de San Vicente, donde vivía el capitán, fueron á una casa de empeños de la del Pez, en la que dieron á aquél siete duros que pidió por los cubiertos. Viendo Pelayo que desembocaban en

la calle de la Puebla, en la de Valverde y luego en la Red de San Luis, sintió un vuelco en el corazón, y no pudo por menos de preguntar á don Gabriel:

—¿Va usted á venir conmigo hasta el hospital?

—¡Claro! entre los dos haremos mejor las diligencias que haya que hacer.

Parecióle á Pelayo que le habían dado un palo en la cabeza. Entonces comprendió toda su ceguera, todo su idiotismo.

Él supuso que el capitán le daría dinero, pero no contó con la caridad ó desconfianza de éste. ¡Había sido un memo, él que se creía igual á Homero hasta en el pedir limosna! Desde aquel momento no supo ni por dónde iba, ni contestar á la charla de don Gabriel más que con monosílabos. Llegarían al hospital, encontrarían á Anita viva, sin tener explicación

posible. El bohemio era un cobarde é hipócrita de primer orden, temía al capitán, y no sabía cómo salir de aquel atolladero. Pasando por aquellas calles de la Montera y de Carretas, llegaron junto á la



Tienda del Almidón, que como es sabido está en la esquina de la calle de Atocha, y tiene dos puertas, y entonces, al azorado Pelayo, se le ocurrió una idea estúpida. Al torcer la esquina de la calle de Atocha, dejó adelantarse á don Gabriel, y metiéndose por una puerta de la tienda, salió por la que da á la calle de Carretas, torció corriendo hacia la Plaza del Ángel, y sin saber por dónde andaba, llegó á la de las Cortes, y allí dejóse caer en un banco, presa de desgarradores pensamientos. ¡Qué desencanto, qué brutalidad la suya! Había dado un golpe en vago; en lo sucesivo, en vez de buscarle para *sablearle* tendría que huir del capitán. Yo no sé qué fué aquel día de Pelayo; pero lo cierto es que á las dos de la madrugada, sin haber bebido ni una mala copa de aguardiente, entró pálido y torvo en la taberna del *Barbas de los jamones*, en donde, de los habituales concurrentes sólo encontró á Guyón, tomando una copa de peleón con guinda, y que le ofreció otra.

—¿Cuándo has salido del hospital?

—Esta tarde.

—Yo esta mañana.

—Ya lo sé.

—¿Y Anita?

Guyón echó á Pelayo una mirada indefinible y dijo con solemnidad: «oye, Pelayo, tú eres un filósofo, un *sprit fort*, y por eso te recitaré estos versos:

*Una mujer de menos
Es una flor perdida en cien pensiles
Un eco solitario en cien cantares;
Entre estrellas sin fin sólo una estrella,
Y es una gota en los inmensos mares...*

—Suprime las coplas y contesta.

—Mira, Pelayo, hay explicaciones que necesitan graduación...

El gran bohemio hizo un movimiento de impaciencia, y como un ademán de agredir á Guyón.

—«Da, pero escucha, como dijo Milciades á Temistocles»—dijo Guyón, y luego saboreando la guinda de la copa, repuso: «á las dos de la tarde fui dado de alta en el hospital, y estaba despidiéndome del director, cuando se presentó

Un llamado don Gabriel
que es tu amigo ó parroquiano,
pues un día mano á mano,
te ví charlando con él;
Y es capitán, según creo,
mas por mala facha y feo
parece un cabo furriel...

* * *

Dos mujeres, ó señoras que entraron apresuradamente en la trastienda, interrumpieron á los bohemios; eran dos de las tres Gracias: Edelmira y la Juana narices. La primera preguntó á Guyón:

—¿Has salido del hospital?

—Ya lo creo, como que estoy aquí.

—Lo sabía. Hemos venido á buscarte tres veces; no quería acostarme sin verte. Vente á casa.

—«Iremos, pero permite que dé una infausta nueva al amigo Pelayo»—y dirigiéndose á éste, prosiguió diciendo:

—El susodicho don Gabriel, que según parece es amigo del director del hospital, preguntó por Ana María Molleda, natural de Lugo, y pidió verla.

—¿Y la vió?

—No pudo ser, porque Anita acababa de dejar

este mundo sublunar. Según el dogma cristiano estará en uno de los cuatro senos ó lugares, según la teogonia confucio-pitagórica, habitará algún planeta superior ó inferior á la tierra, según Allan Cardé, vagará en espíritu purificándose en el espacio, según Hermes...

Pelayo no oía la charla de Guyón. Levantóse violentamente, profirió una interjección



que no puedo reproducir, y exclamó: —¡Ha muerto cuando ya no hacía falta!

F. MORENO GODINO

REFLEXIÓN

HUÉRFANA y desamparada,
con encantos suficientes
para despreciar altiva
tu situación indigente:
¡qué abnegación te hace falta,
ante tales precedentes,
para no vulgarizarte,
pobre víctima inocente!

* * *

Entre la virtud austera
y los profanos placeres,
sé que vacila tu alma,
herida por esa fiebre
de hiena, que trae consigo
los azotes de la suerte,
y se ensaña en la ternura
incapaz de defenderse.
Y por tratarse de un ángel

como tú, ¡pobre inocente!
cuyas lágrimas me inspiran
cariño y piedad, porque eres
una rosa en la miseria,
no he de ser indiferente
á esa sugestión nociva
y tirana que te muerde.
Si aun se escuda tu esperanza
en los honestos deberes,
como únicos redentores;
si aun tu virtud se defiende
para que no la marchiten
los apetitos soeces
ó el beso de la impureza,
rechaza la vida alegre,
que en la pendiente del vicio
es difícil detenerse,
¡y el desenlace es más triste
de lo que á ti te parece!

EUSTAQUIO CABEZÓN

DESQUITE

HABÍA fijado su residencia en Italia un español que se decía riquísimo. Como es natural, fué pronto presentado á todas las familias de la sociedad elegante, llegando á ser el blanco de cuantas madres tenían hijas casaderas.

La condesa Mariatto figuraba entre aquellas, y aunque su hija Ninetta, enamorada de un pobre artista, no quería contraer relaciones con el nabab español, tanto pudo la madre, que al fin consiguió desposarla.

Don Pedro Sandoval, parecía el más dichoso de los hombres, y manifestaba su pasión por la hermosa Ninetta, regalándola continuamente preciosas joyas con las que pretendía ganar el corazón de la joven prometida que se mostraba tanto más abatida y pesarosa cuanto más se acercaba el día de su boda.

Una noche, don Pedro la hizo el presente de un espléndido collar de esmeraldas. Ninetta, después de haberlo atentamente examinado, preguntó sonriendo á su prometido:

—¿Cuánto valdrán?

—Para mí, no valen nada,—respondió el español con humorística arrogancia.—En mi país empedran las calles con esmeraldas. Sólo en Italia he visto que sean apreciadas por las mujeres.

Al día siguiente, el nabab, como de costumbre, fué á casa de Ninetta, pero Ninetta no estaba.

Preguntó por ella y la condesa le contestó:

—Ha salido hace rato á hacer unas compras con la doncella y no me explico su tardanza.

La doncella volvió, pero sola, y entregó al español una carta que éste leyó en alta voz. Decía así:

«Señor:

»Para usted las piedras preciosas no valen nada; para mí son una fortuna que me permite ir muy lejos de Italia con el hombre á quien amo y al que he consagrado toda mi vida.

»Por lo demás, el perjuicio que os ocasione es insignificante, y en cambio os queda el consuelo de haber contribuido á levantar con piedras, para usted inútiles, el edificio de mi futura felicidad.

»NINETTA.»

La condesa lanzó un grito de desesperación y el español una ruidosa carcajada.

—¿Tenéis valor para reír?—exclamó la madre enfurecida.—¿Tomáis á risa la fuga de mi hija que os ha abandonado y que estará deshonrada para siempre?

—Tranquilícese usted, señora;—respondió el español con la mayor indiferencia.—Por mi parte no iré á denunciarla ni á pedir su captura. El viaje de los fugitivos no puede ser largo y el edificio levantado en la imaginación de su hija, vendrá pronto á tierra, dando al traste con sus ensueños de ventura. ¡Todas aquellas piedras... eran falsas! Ahí usted tiene por qué me río. ¡Estoy desquitado!

CAROLINA INVERNIZIO.

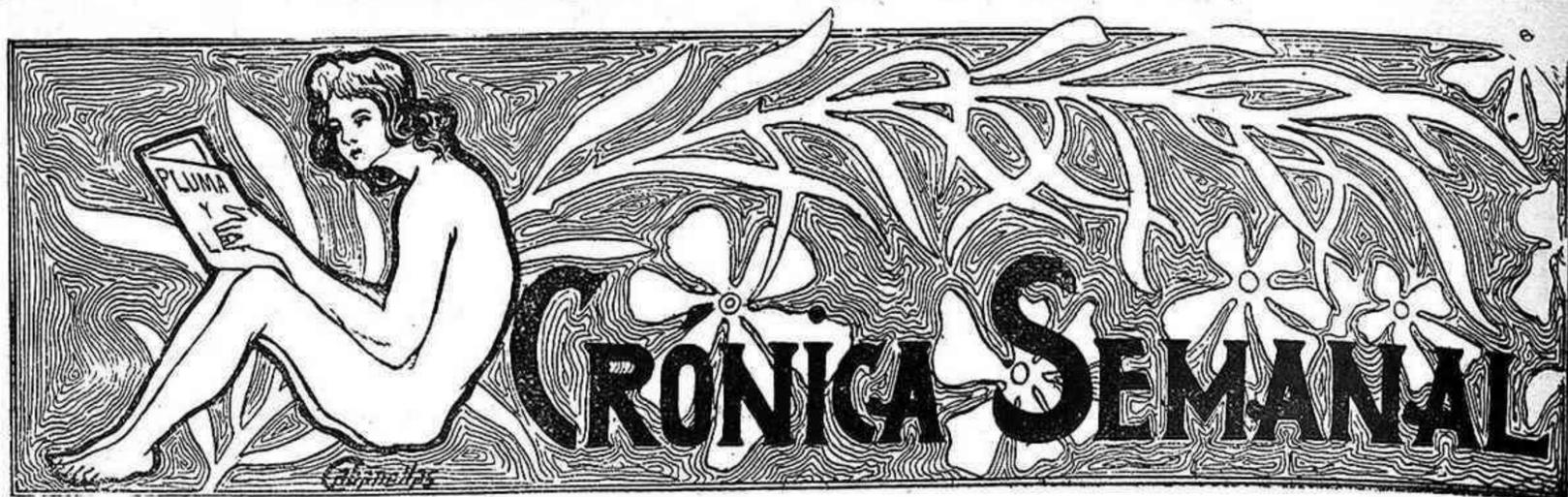
LOS DOS SORDOS, POR ORTIZ



1.º Diga, buen hombre, ¿es aquella la Casa Ayuntamiento?



2.º Los dos á un tiempo:—¿Eh?



El bullicioso ex-pollo de Antequera
logró realizar su hermoso sueño:

ya, por fin, fué elegido
para la presidencia del Congreso
y está el ex-pollo ahora
como chiquillo con zapatos nuevos.

El, lleva la batuta
y actúa como artista y gran maestro
mientras se representan los sainetes
en nuestro Parlamento,
sainetes en los cuales todo es música,
música celestial, que escucha el pueblo
con la misma paciencia
con que escucha en algunos coliseos
tantos chistes insípidos de autores
del *trabajo pequeño*.

Empezó el espectáculo en las Cámaras.
Cómicos varios y de varios géneros
oyeron de la *claque* aplausos fuertes
y oyeron protestar á los *morenos*.

Entre tanto, al final de alguna escena,
ha hecho chistes Romero...

Eso sí que divierte y regocija.
¡Es mucho hombre don Paco! ¡Cuánto ingenio!
Cierto que él, como muchos elocuentes,
está perdiendo el tiempo
cuando el país, tan pobre y decaído
y harto ya de retóricos floreos,
desea, no comedias de política,
sino labor de general provecho.
Mas, ¡qué diantre! don Paco nos divierte.
¡Y así... vamos viviendo!

Tiempo *há*—mucho tiempo *há*—los cronistas de
espectáculos teatrales pidieron, por Dios y todos los
santos, á las señoras y señoritas concurrentes á los
coliseos, que se presentasen en la platea sin som-
brero.

Petición inútil.

Y ahora—cuentan los modistos norteamerica-
nos—las más elegantes mujeres yankis han estable-
cido la moda de ir sin sombrero á todas partes.

Esa moda debieran seguirla nuestras mujeres en
los teatros, y en pro de ello debieran trabajar las
empresas.

Aunque á las empresas,
el que las señoras
vayan con sombrero,
poco les importa.
Lo que si procuran,
pero no lo logran,
es que poca gente
vaya allí de *gorra*.

Hace días llegó á Palencia una caravana de rusos.
Y anteanoche unos bohemios húngaros de otra
caravana, robaron á aquélla.

¿Robo de rusos?—dirán ustedes.—¿Abrigos para
el próximo invierno?

No; no se trata de eso. Es decir...
Se trata de dos hermosas jóvenes rusas.
Dos *prendas*... superiores.

Y de dulce abrigo, que ¡ay! no nos será prestado*

En Madrid aumenta grandemente la epidemia
de viruela.

El gobernador ha dispuesto la revacunación obli-
gatoria de todos los empleados del Estado y ha ad-
vertido al vecindario la necesidad de que se vacune
todo dios.

Bueno será también que se recuerde
eso mismo á Fernández Villaverde,
pues, francamente, creo
que, si le ataca el mal, al verse feo,
lleno el rostro de pústulas y escamas,
sintiéndose febril y dolorido,
diría:—¡Ay, ya perdí mi gran partido,
y no el conservador; el de las damas!

En el Teatro Cómico se estrenó la otra noche una
obra en un acto titulada *El vals de las olas*.

Y según refieren en los diarios hubo un pateo es-
truendoso, formidable, aterrador.

Compadezco á los autores.

Fueron al Cómico con un «vals.»

Y salieron de allí con un *galop* frenético...

La huelga de los gasistas
no lleva trazas de arreglo.
Barcelona, por las noches,
resulta peor que un pueblo
de esos de cuatro vecinos
y en que no hay cura, ni médico.
¡Qué obscuridad en las calles!
¡Todo en sombras, todo negro!
El transeunte se expone
á cualquier percance serio.
Prueba al canto. Anoche mismo
un *mi* amigo y compañero
que idolatra á una fregona
de lo mejor en su *gremio*,
de libras, bien colocada
y brava en todos los tercios,
fué á buscarla, como suele,
á las doce ó poco menos.
A la puerta de la casa,
dió tres silbidos. Silencio.
Esperó un rato. De pronto
se abrió la puerta muy quedo.
—¡Emerenciana! ¡Alma mia!
¡Paloma, clavel, lucero!...
—¡Qué Emerenciana, ni qué...
(aquí un vocablo muy feo)
¿Qué se figura usted, hombre?
—prorrumpió una voz de trueno.—
Soy el comadrón que vive
aquí en el piso tercero...
—¿Y á dónde va usted á obscuras?
—¿A dónde? ¡A un alumbramiento!

JULIO MARTÍNEZ LECHA

Prisiones de personas decentes

DE DON JUAN NICASIO GALLEGO

(APUNTES PARA UNA HISTORIA ANECDÓTICA DE FERNANDO VII)

ENTRE Jerez y el Puerto de Santa María, casi á la orilla del Guadalete, cerca de la *Barca Florinda*, donde se supone acabó con el vencimiento de don Rodrigo el imperio godo, y no muy lejos del castillete donde don Pedro el Cruel encerró y emparedó á su esposa doña Blanca, se alza un viejo monasterio de cartujos, convertido hoy en cuartel de la Remonta.

Un exclaustro viejo que en la Cartuja había pasado los primeros años de su juventud, y que allí seguía viviendo, me enseñaba un día los hermosos claustros, que la tropa no ha utilizado, y como pasáramos por una celda donde había esta inscripción:

AQUÍ ESTUVO DESTERRADO
POR MANDADO DEL REY NUESTRO SEÑOR
DON FERNANDO VII,
EL POETA
DON JUAN NICASIO GALLEGO

me contó la siguiente historia, cuya veracidad he comprobado, revolviendo libracos viejos en la Biblioteca Nacional.

* * *

—«Eso de que los cartujos no hablamos más que para decir *Morir habemos* y responder *Ya lo sabemos*, es una majadería. El silencio, mejor dicho, el recogimiento, es norma de nuestra Orden; pero hablamos todo lo necesario y á las veces un poquitín más, que es flaca, muy flaca la condición humana. Yo, en mi mocedad, ayudaba en muchos menesteres al abad de esta misma cartuja, que estaba casi ciego y no podía leer ni escribir, y este abad no debía creer, como sin duda creía San Benito, que *por la boca muere el pez*, porque el reverendísimo hablaba más que cada uno de nosotros y más que toda la comunidad junta.

Sin estar inficionado de liberalismo, era varón prudente y tolerante, y como aquel don Juan Nicasio Gallego, que aquí estuvo más que desterrado, preso,—según me contó el abad,—era famoso poeta, hombre de mundo, hablador de mucho gracejo, almacén de cuentos y chascarrillos, trabaron buena amistad, y toda la comunidad procuró hacerle lo más llevadera posible su desgracia.

Ocurrió todo esto por el año de gracia de 1814, cuando Fernando VII regresó de Francia. No ha-

bía llegado todavía á Madrid y ya los enemigos de la Constitución y cuantos se enteraron de que el Rey venía dispuesto á restablecer la monarquía absoluta, comenzaron una campaña feroz contra los más calificados liberales.

La Atalaya de la Mancha, periódico que escribía y publicaba el padre fray Agustín de Castro, monje



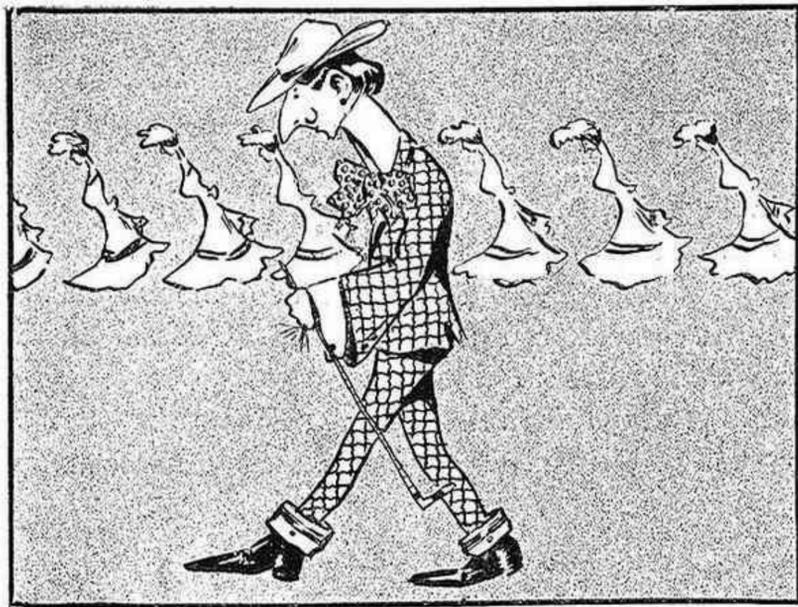
DON JUAN NICASIO GALLEGO

del Escorial y predicador del Rey, denunció una formidable conjura para destronar á Fernando y establecer una República biconsular. La denuncia se publicó el día 12 de mayo, y el 14 estaban ya en la cárcel todos los acusados, que eran nada menos que Argüelles, el *divino orador*, Muñoz Torrero, López Cepero, Villanueva, Martínez de la Rosa, Ciscar y otros que no recuerdo.

Ocurrió entonces, lo que siempre ocurre. Aquel fray Agustín de Castro, que bramaba en *La Atalaya* contra la Constitución, la había ensalzado entusiásticamente en *La Gaceta de la Mancha*, periódico que antes publicara, y en loor suyo había predicado varios sermones elocuentes y eruditos. Muchos de los diputados de Cádiz que habían votado la Constitución y la habían floreado de lo lindo, rendíanse ahora ante el monarca que quería ser absoluto, y algunos como Alcalá Galiano, se ofrecían para juzgar á los delincuentes, de delitos que, á serlo, estaban abrumando su conciencia misma. El pueblo recorría las calles de Madrid, capitanea-

CÓMO SE HACEN LAS MODAS

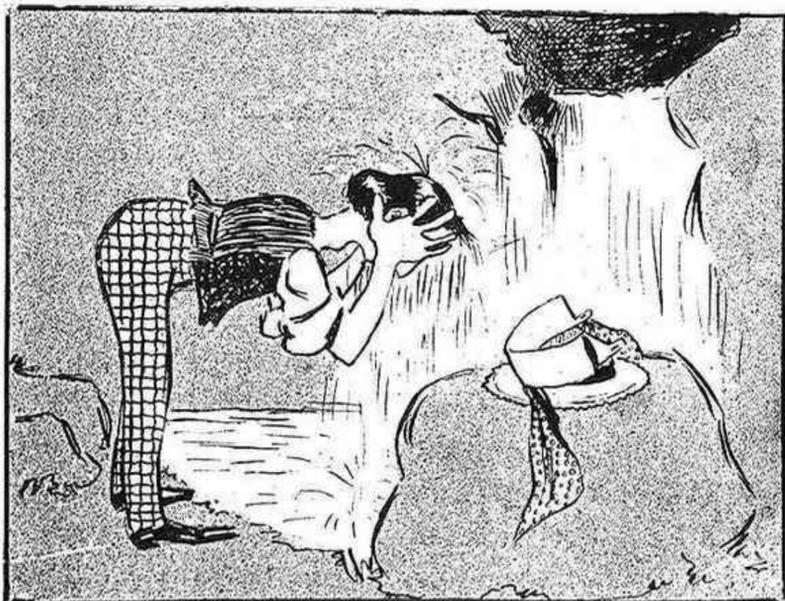
POR SIERRA DE LUNA



1.—Pepito Inflauvas, uno de los elegantes de Villabrutanda, pasea su superioridad entre las de Gómez, Pérez, Gutiérrez y Martínez de la población.



2.—Cuando de pronto se le ocurre ir a refrescar su físico a la cascada del misterio, dulce y murmuradora.



3.—Y efectivamente se le refresca, contemplándose de paso y como al desnudo en el cristal de sus aguas.

do por el vicario de la Trapa y otros frailes, arrancaba la lápida de la plaza de la Constitución y cantaba:

Murieron los liberales,
murió la Constitución
porque viva el rey Fernando
con la patria y religión.

Al autor de la *Oda al Dos de Mayo*, que todos los chiquillos españoles han leído en la escuela, no le prendieron en Madrid. Era, entonces, prebendado de la catedral de Murcia y temiendo, acaso, la tormenta que se avecinaba, habiase refugiado en un convento extramuros de aquella ciudad. Llegó a Murcia la famosa *Atalaya* del día 12, y apenas la hubo leído el obispo, que era absolutista claveteado, mandó prender al poeta, aunque sin orden para ello. Dió cuenta al Gobierno de esta medida de su solicitud pastoral, que le fué bien agradecida y pagada, y el Gobierno mandó que condujesen al preso á Madrid, bien guardado por una grande escolta, porque estaba acusado de delitos de lesa patria y lesa majestad, de herejía contumaz, de francmasón y girondino.

Hasta fines de junio no llegó don Juan Nicasio Gallego á la cárcel de la Corona, y llegó milagrosamente, porque en muchos pueblos del tránsito el populacho pedía que se lo entregasen, para hacer su cuerpo trizas, como si fuese la misma Constitución.

Contra los presos no aparecía cargo alguno. No se encontró un solo papel que se refiriese á la conjura para establecer la República biconsular. Se falsificó una medalla de benemérito de la patria en grado heroico, para hacerla pasar por símbolo y señal de los conjurados; pero se averiguó su falsedad. Entonces se les acusó de delitos cometidos en las Cortes, haciéndoles responsables de lo que éstas discutieron y aprobaron, siendo lo más curioso que algunos de los jueces habían sido diputados también.

Así pasaron dos años sin poder sentenciar y sin querer sobreeser, hasta que cansado Fernando VII, con su tradicional frescura, decretó lo siguiente:

«Las personas que comprende la adjunta lista, serán conducidas á los destinos que se señalan, y para las que se hallan en esta corte, se prepararán los carruajes y demás necesario con toda reserva, lo cual estará pronto para la noche del 17, y en lo más silencioso de ella se pasará á las casas y parajes donde dichos sujetos se hallan, se les hará vestir y poner inmediatamente en camino antes de amanecer, de modo que siendo de día, se encuentre el pueblo de Madrid con esta novedad.»

¿Cree usted que un periodista de estos tiempos pone mayor cuidado en entretener á sus lectores con novedades emocionales y bien aderezadas, que el que ponía Fernando VII en entretener á su aburrido pueblo de Madrid?

Y la novedad no era floja... Argüelles, cuyo busto en mármol está hoy en uno de los ángulos del Salón de Conferencias del Congreso, condenado á ocho años en el fiyo de Ceuta; Muñoz Torrero, Villanueva Bernabeu, López Cepero y Gallego, que

eran clérigos, desterrados cuatro ó seis años á diversos conventos y expoliados de sus rentas, y los demás, incluso Martínez de la Rosa, que luego había de ser Presidente del Consejo de Ministros, y cuyo busto está enfrente del de Argüelles en el Congreso, fueron enviados á los presidios de Chafarinas y Alhucemas. Ahi tiene usted, amigo mío—terminó diciendo el exclaustro,—cómo vino á esta Cartuja, don Juan Nicasio Gallego.

* * *

Tomó un polvo de rapé y continuó:

—Mi abad, cuando refería esto, confesaba que no fué recibido con buena cara. Odiábase en los conventos el liberalismo que tan hondamente había trastornado á Francia; pero cuando este liberalismo empecatado se nos aparecía vestido con hábitos tales, no era ya odio, sino horror é ira furiosa lo que producía.

Pero don Juan Nicasio Gallego, se presentó á la Comunidad con tal aire de humildad dignísima y valiente resignación, con tal afecto comenzó á tratar á todos, que se fué ganando las voluntades, y á poco de estar aquí no se hacía en el Monasterio, sino lo que á él le daba la gana.

Se le autorizó para recibir visitas y comenzó á venir tanta gente, toda ella de notable calidad, de Sevilla y Jerez, de Cádiz y los Puertos, que más parecía peregrinación á un santuario que visita á una cárcel, y como por estos alrededores no había venta ni posada, eran muchos los que aquí hacían noche, cosa que no desagradaba al abad, porque nuestra Cartuja era bastante rica para que estos huéspedes no hiciesen mella en nuestro peculio. En cambio, admiraban la austeridad de vida que hacían los frailes, simpatizaban con ellos y nos atraían el afecto de los liberales de la comarca, que bien necesario iba á ser á los monjes en las desatadas tormentas que ya se barruntaban.

Cuando había huéspedes, reuníanse en la Abadía, y allí don Juan Nicasio les deleitaba contándoles los mil incidentes de su viaje de Murcia á Madrid, los dos años pasados en la Cárcel de la Corona, ó cuentos picarescos que les llenaban de regocijo.

Porque el tal don Juan Nicasio era un estuche. Una noche se nos escapó... pero ¡calla, lengua! que esta fuga no puede contarse, porque había mujeres por en medio, y él era sacerdote, y cuando se nombra á Eva, viene detrás el demonio y no quiero cargar mi conciencia con la murmuración de agenos pecados...»

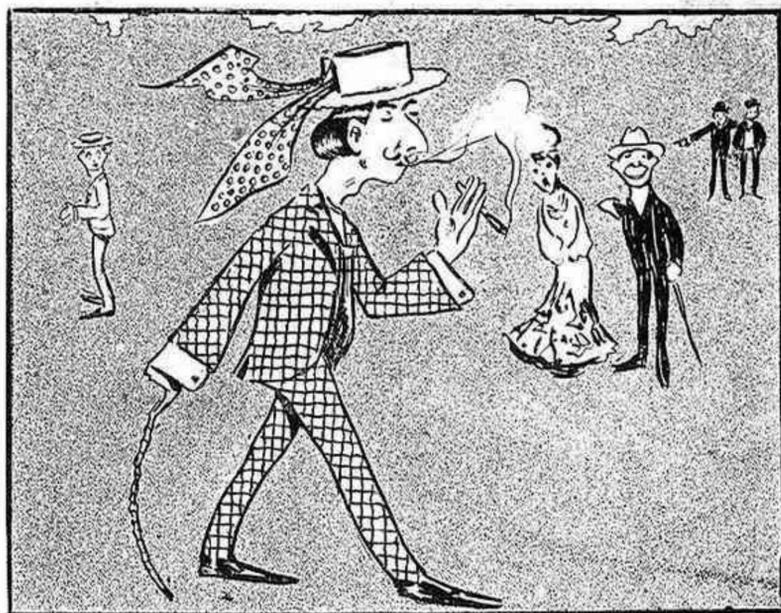
Aquel día no pude arrancarle una palabra más, pero prometiéndome hacer un esfuerzo de memoria y referirme un graciosísimo lance ocurrido á López Cepero, clérigo también, mientras estuvo en la Cárcel de la Corona.

Prometiéndome también meditar si pecaría ó no, refiriéndome la fuga de don Juan Nicasio Gallego, y y por si creía que no pecaba, bien valía la pena de ir otra vez á la Cartuja que está cerca de la *Barca Florinda* donde el enamorado don Rodrigo, perdió la batalla del Guadalete, y no lejos del valle de Sidueña, donde se alza el castillete donde Pedro el Cruel encerró y emparedó á su esposa doña Blanca.

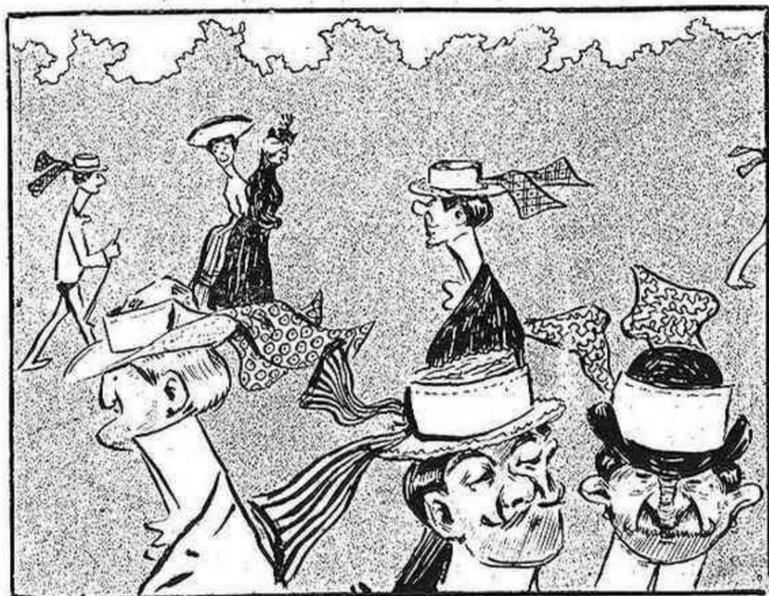
DIONISIO PÉREZ

CÓMO SE HACEN LAS MODAS

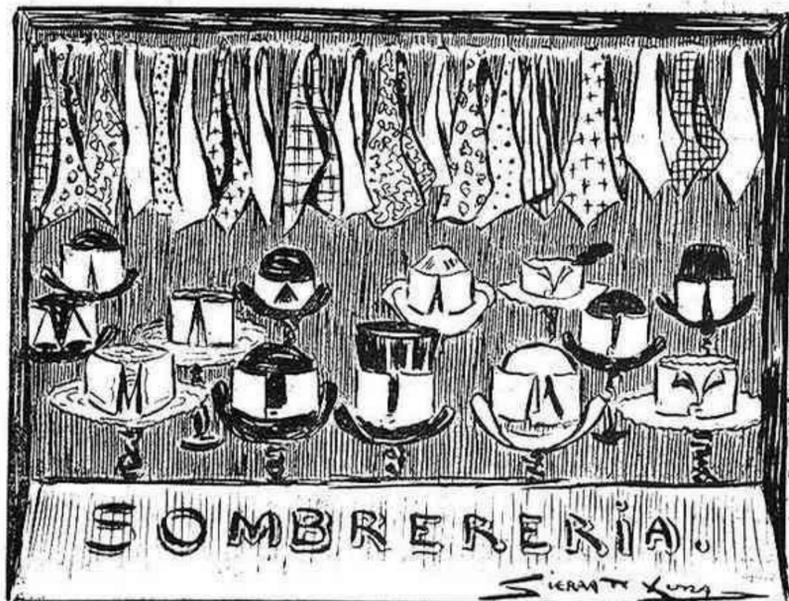
POR SIERRA DE LUNA



4.—Pero como es un tantico distraído no advierte que el cuello y la corbata se le han quedado en el espiritual *canotier*.



5.—Detalle que no pasa inadvertido á los demás elegantes de Villabrutanda que se apresuran á imitar la genialidad de Pepito Inflauvas.



6.—Y hace además la fortuna del sombrerero de la población que al punto hace propaganda incansable de la novedad.



CARTAS Á JUAN PAGANO

QUIERO decirte, mi querido Juan, y como nadie se opone á que te lo diga, te lo digo, que es una verdad como un templo aquel refrán que asegura que al cabo de los años mil... etc. etc.

¿Quién había de pensar que una *reprise* de *La Campana de la Almudaina*, de que tú ya no tienes ni el menor recuerdo de puro olvidada, habría de producir la sensación de un estreno de campanillas?

Pues, sí, Teótimo amado. Hubieras repasado estos días últimos la prensa local y hubiérase convencido de la verdad de mi aserto.

Respecto á su mérito—como si se tratara de una obra nueva y virgen—los criticos teatrales, han tratado largo y tendido, encontrando yo como la más ajustada á la verdad la opinión del que dice que la velada en que tal obra se volvió á poner en la escena del teatro Principal, fué como la consagración del poeta obscurecido por su misma modestia, el resurgir glorioso de una obra de arte que hacia mucho tiempo estaba reducida á la soledad de la biblioteca.

Italia Vitaliani, agradecida á nuestro público, ha querido mostrarle su gratitud, y para ello ha puesto todos sus entusiasmos de artista en la vieja obra del genial poeta mallorquín don Juan Palou y Coll.

La Campana de la Almudaina, es una obra romántica, como pocas, á propósito para que Italia Vitaliani demuestre espléndidamente sus soberanas cualidades de actriz; es un drama en el que se encuentran afectos tan violentos como el amor de dos padres; el choque es terrible, y grandioso el modo de encarnar Italia la noble figura de doña Constanza. En el segundo acto, el más íntimo, sin duda, de la obra, la eminente actriz estuvo inspiradísima, haciendo sentir al público hondamente las emociones violentas que en su alma se agitan; no es extraño, pues, que los aplausos atronasen el teatro y que

se pidiese con insistencia el nombre del autor que dió obra de tanto mérito á las letras castellanas.

Levantóse el telón infinidad de veces, y la Vitaliani, adelantándose al próscenio, dijo: «El autor de la obra á que tantos aplausos tributáis, no ha podido tomar parte en esta fiesta, pero nosotros trasladaremos esas muestras de admiración á escritor de tan extraordinario mérito.»



MLLE. JULIETTE SIMIER, GRANDE GOMMEUSE

No sé á punto fijo, dice el revistero de marras, si *La Campana de la Almudaina* gana ó pierde con la traducción; puessi bien es verdad que se echa de menos la robusta harmonia de los versos castellanos, queda esto compensado con las inflexiones dul-



El Paseo de Gracia (Barcelona)

EL Paseo de Gracia de la hermosa capital catalana, tiene, en verdad, de paseo la menor cantidad posible, pero el público le ha demostrado, desde que se fundó, predilección decidida y cádate convertido en tal lo que no pasa de ser un bulevard más ó menos grandioso y mejor ó peor acondicionado. Aparte de estas consideraciones, el Paseo de Gracia es uno de los sitios de reunión de la sociedad barcelonesa, y por él circulan, luciendo sus encantos y atavíos, las mujeres más hermosas de la capital y la *polleria* más engomada de la misma que va en pos de aquéllas para no desmentir el refrán de que la sogá y el caldero tienen que ir siempre unidos.

El hábil lápiz de Casanovas ha sabido interpretar fielmente uno de los momentos en que el Paseo de Gracia está más animado, y por este grabado, los lectores de PLUMA Y LÁPIZ que no tengan la fortuna de conocer tan ameno sitio, podrán formarse de él una idea aproximada.

ZARAGOZA AL REY

EL viaje del Rey don Alfonso XIII á la capital aragonesa, dejará grata memoria á todos y por igual; lo mismo al monarca que le ha realizado como al pueblo que le ha tributado uno de los recibimientos más grandiosos que pudiera anhelar un jefe de Estado.

Los zaragozanos han demostrado saber hacer las cosas y tener la hidalguía necesaria para, dando al olvido momentáneamente rencillas políticas y diferencias personales, mostrarse como cumplidos caballeros que agasajan y atienden al huésped que alberga en su casa sin tener para nada presente si éste comulga ó no en las mismas ideas, y posee los mismos gustos, y ha de ser ó no agradecido y recompensado el hospedaje.

Así se portan los que se precian de nobles, honrados y generosos. Por la hospitalidad que sabe dispensarse se pregona quién es el que la dispensa, y por esta vez, justo es reconocer y aplaudir que los zaragozanos han sabido hacer con todo cumplimiento los honores de su casa, sin que



ARCO DE LA REAL MAESTRANZA DE ZARAGOZA
Á S. M. ALFONSO XIII



ARCO DEL EXCMO. AYUNTAMIENTO EN EL
PASEO DE LA INDEPENDENCIA

la menor nota discordante haya podido deslucir la harmonía de que está dotado el pueblo zaragozano.

Pero los aplausos se apagan; las ovaciones se desvanecen, los arcos se descuelgan y las luces se retiran, quedando de todo aquel esplendor, solamente el recuerdo y las descripciones escritas ó gráficas que de ello haya publicado la prensa.

Por eso PLUMA Y LÁPIZ, queriendo contribuir á la suma de documentos que un día pueden ser necesarios para la historia de los viajes del monarca, publica hoy las vistas de los principales arcos con que las respectivas entidades organizadoras de los mismos desearon, lográndolo, coadyuvar al brillante espectáculo que la inmortal y heroica Zaragoza, ofreció al jefe del Estado en su visita reciente.

El éxito de este viaje ha animado á D. Alfonso á realizar otros y á estas fechas se anuncian como seguro el de Lisboa y como probables los de Francia, Inglaterra, Alemania y Austria.



ARCO LEVANTADO POR LA GUARNICIÓN
DE ZARAGOZA



CORONA LEVANTADA Á S. M. POR LA
«ELECTRA PERAL» DE ZARAGOZA, SOBRE EL
PEDESTAL DE LOS MÁRTIRES
PLAZA DE LA CONSTITUCIÓN



Blasón

He mirado esfumarse en la albura
La silueta de un águila blanca,
La señora que reina en la altura
Y á los buitres las plumas arranca.

No es el cisne ideal de Dario
Ni es el fúnebre cuervo de Edgardo,
No es el cóndor guerrero y bravío
Lo que ensalza mi lira de bardo.

Ella habita una roca escarpada
Que asemeja un baluarte rendido;
Y aunque lleve una flecha clavada
Nunca exhala de duelo un gemido.

No se baña en la sangre inocente
De los albos corderos pascuales,
Lucha altiva, gloriosa y valiente
Con leopardos y fieros chiacales.

No doblega su blanca cabeza
Cuando el astro de fuego despierta.
En el bello volcánico reza
Por el águila madre ya muerta.

Sobre el férreo broquel del embate,
A manera de antiguo amuleto
Llevo el ave gentil del combate
Que me sirve de escudo y de reto.

JUAN GUERRA NÚÑEZ

Ojeada universal

(REVISTA DE REVISTAS)

En honor de Alfieri

A CABA de celebrar Francia la apoteosis de Vercingetorix, el héroe que la quiso independiente; celebra Italia la apoteosis de Alfieri, el poeta que la quiso indivisa.

Nació y se educó en Asti; pero sintió sincera admiración y predilección nunca desmentida por Florencia. Si aquélla guarda su cuna, ésta su sepulcro, del que damos adjunto el grabado. Reposan en Santa Croce las cenizas del poeta; se yergue en Asti su busto. Amó la libertad, las ideas modernas, predicó el odio contra los tiranos. Soñó con una Italia unida, con la Italia que Cavour, Garibaldi, Victor Manuel II y otros cien patriotas alcanzaron á constituir, con una Italia fuerte y temida que recordara á las naciones modernas que aun está intacto el suelo del que Roma sacó las legiones que conquistaron el mundo. Sus sueños de

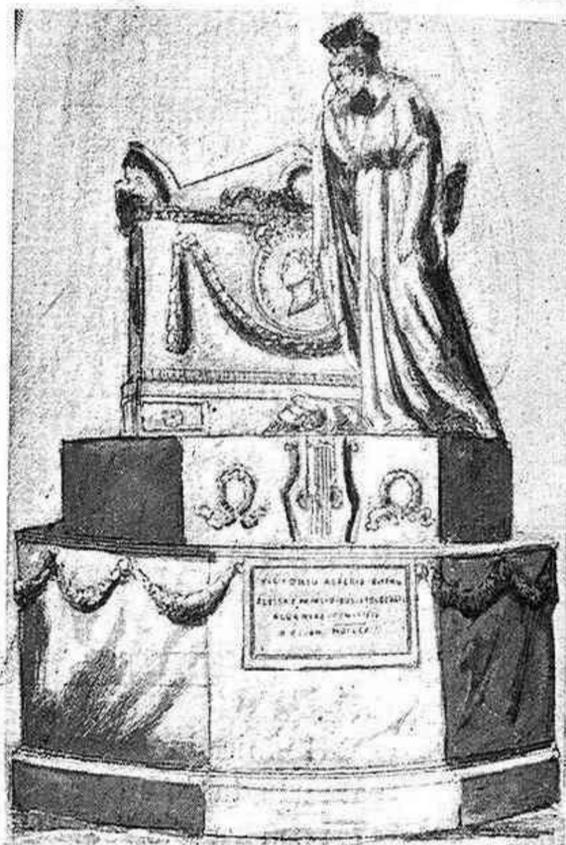
poeta precedieron, y casi predijeron la realidad.

Italia recuerda los votos del orgulloso y genial poeta, y toda ella se asocia al homenaje que las dos ciudades rinden á Alfieri. Las fiestas han sido magnificas en Asti y en Florencia,



ALFIERI

*...Fra questi marmi
Venne spesso Vittorio ad ispirarsi
Irató á fratru numi...*



SÉPULCRO DE ALFIERI

Grande ha sido el honor que se ha hecho á su memoria; pero de fijo que si pudiese volver Alfieri á la vida, antes que dar las gracias á los que así honran su recuerdo, las daría á los que á costa de su energía y de su sangre constituyeron una Italia unida y poderosa.

Los asesinos de Aix-les-Bains

Están dos de ellos en poder de la justicia, encerrados én la cárcel esperando el día del fallo del jurado; otro, el que según parece, fué el instrumento de los dos autores del doble crimen, se ha hecho justicia. Cuando los agentes iban á detenerle y llamaban á su puerta en nombre de la ley, sonó una detonación y se oyó la caída de un cuerpo. La policía no halló más que un cadáver. Lardemont se había saltado la tapa de los sesos y yacía inanimado en el suelo.



MLLE. GIRIAT

Bassot, que parece que fué quien trazó el plan del crimen, fué sorprendido en casa de su querida. Negó haber tenido participación alguna en la sangrienta tragedia; afirmó que si su nombre andaba mezclado en ella se debía á las malas artes de la Giriat, que le guardaba rencor de tiempo atrás, y probó que cuando se cometía el crimen estaba en Vichy.

No le han valido, sin embargo, sus excusas; no ha podido convencer de su inocencia á los jueces, y continúa en la cárcel; porque si bien es cierto que no mató, no lo es menos que fué él quien preparó el crimen, quien envió á Lardemont los veinte francos que le permitieron ir á Vichy á avistarse con él, quien convenció á la Giriat de que debía robar las joyas á su bienhechora y quien, por último, aconsejó *refroidir* á las dos desdichadas víctimas de su desahogada codicia y de su intención perversa. No tuvo el valor físico de herir; pero no le faltó el de concebir el crimen ni el de dar instrucciones precisas para perpetrarlo.

Hasta ahora no han parecido aun las alhajas robadas á Eugenia Fougère; pero cree el jefe de policía que muy en breve se recuperarán. Una vez conseguido esto, pues los criminales no tuvieron tiempo ni ocasión de deshacerse de las alhajas, sólo faltará aplicar el merecido castigo para cerrar definitivamente la página sangrienta de ese doble crimen que tanto ha llamado la atención en Francia y fuera de ella.

Entrevista de Delcassé y Morín.—Un concierto de gala.

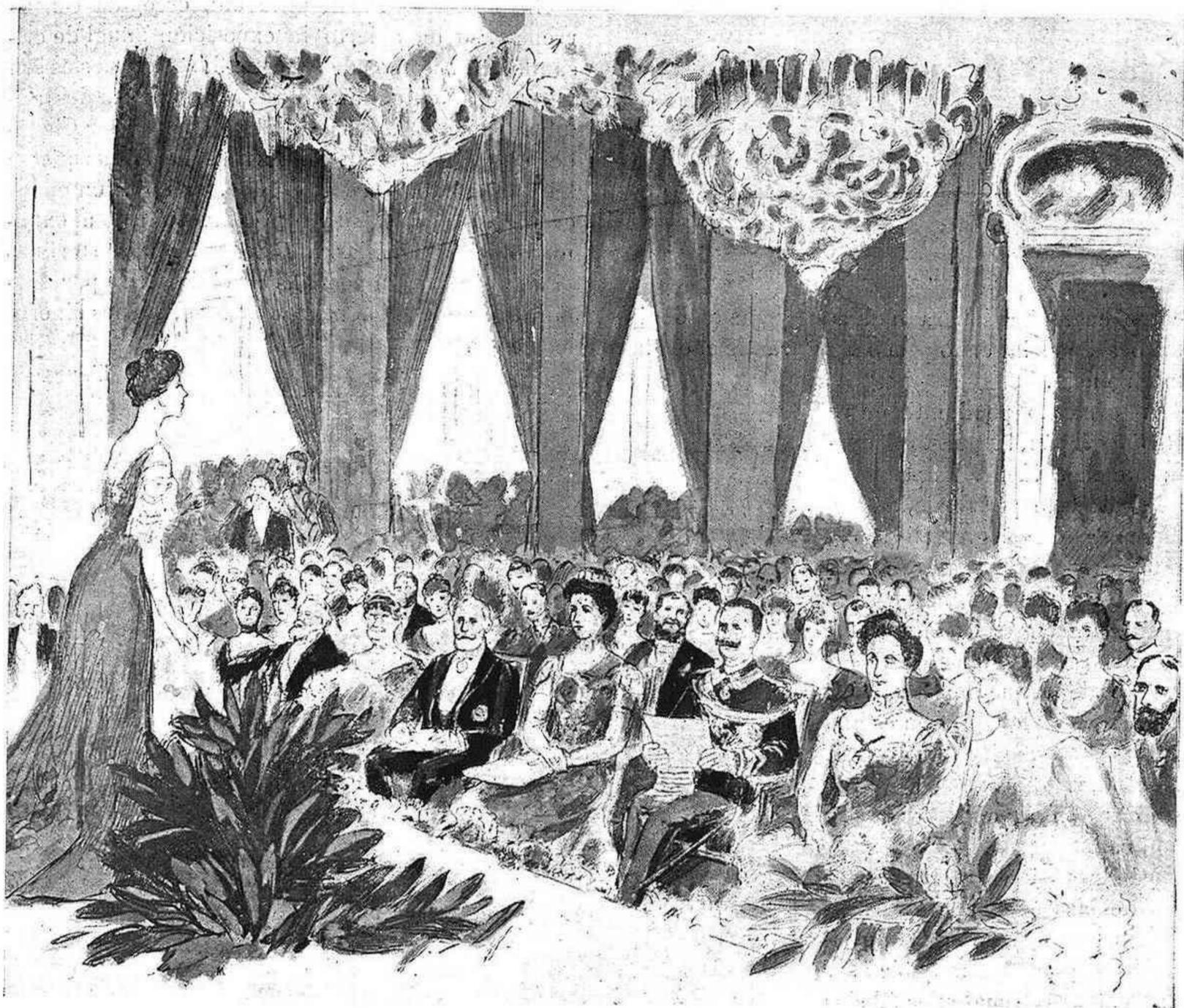
Es una de las últimas notas del viaje realizado por los reyes de Italia á París.

Los dos ministros de Negocios Extranjeros, el de Francia y el de Italia, tuvieron una larga entrevista, y en ella trataron con detenimiento de todas las cuestiones europeas que preocupan á los gobiernos de todos los países, mostrándose ambos de acuerdo en todas ellas.

do el amor de las artes y el de la libertad de los pueblos.

En números anteriores nos ocupamos de los espléndidos festejos con que Francia ha celebrado la visita de los reyes italianos.

Banquetes, cacerías, revistas, funciones teatrales, de todo ha habido para hacer más grata la estancia de los soberanos de Italia en la capital de la República francesa. Entre todas aquellas demostraciones de respetuoso cariño merece consignarse como una de las que más agradable recuerdo han debido dejar en el ánimo de los monarcas y de



CONCIERTO EN HONOR DE LOS REYES DE ITALIA

El almirante Morín puede estar satisfecho de su habilidad, á la cual se debe que el viaje de los Reyes se haya verificado con tan buenos auspicios y que haya sido un verdadero triunfo para la diplomacia italiana y para la causa de la paz.

Con el viaje de Victor Manuel y de la reina Elena á París, desaparecen los últimos restos de la desconfianza mutua que, desde 1870, sentían ambos países y que agravó la política germanófila de Crispi. La visita que en breve hará el presidente Loubet á Roma acabará de estrechar más los lazos de amistad que unen á las dos naciones, hermanas de raza que han peleado juntas y juntas han senti-

cuantos á él asistieron, el grandioso concierto que reproduce el grabado adjunto.

Los artistas más notables hicieron ante las reales personas alardes de su mérito y valer y la fiesta resultó por completo digna de quienes la recibían y de quienes la organizaron.

El salón estaba adornado con extraordinaria suntuosidad y en medio de aquel esplendor de luces, flores, tapices y plantas descollaba como la flor más hermosa, la figura gentil de la reina de Italia con todas sus delicadezas de crisantema y sus modales tan modestos que recordaban la sencillez de la violeta de los campos.

El Mikado

Tal es el título que dan sus súbditos al Emperador del Japón, que es un monarca constitucional



EL MIKADO

como cualquier soberano europeo y que en distintas ocasiones ha dado pruebas de grande energía é inteligencia.

El conflicto pendiente entre Rusia y Japón, ha puesto nuevamente en evidencia la personalidad de este personaje, acerca del cual, tanto los novelistas como los historiadores, los viajeros como los reporters, han creado tantas fantasías que más que persona de carne y hueso parece á los ojos de los que no están en el secreto de que el Japón es una potencia amarilla con vistas á Europa, un sér fantástico, digno sólo de figurar en los abanicos, con carita de marfil y sedosos y bordados trajes, ó en las bandejas de laca que por aquí disfrutamos como auténticamente japonesas, y pueden muy bien ser procedentes de cualquier fábrica de la Barceloneta ó el Lavapiés.

Las últimas noticias que acerca del conflicto se han recibido acusan un fracaso de la diplomacia que traducido al castellano quiere decir que no sería extraño que pronto, ambas naciones, se zurraran bien la badana. Con lo cual quedarán contentas y satisfechas las potencias que á pesar de decir en público que desean la paz á todo trance se regocijan cuando pueden hacer que haya dos que se rompan el bautismo.

Si lo tienen.

Flores de otoño

Cuando mueren las últimas rosas á impulsos del viento frío de otoño, precursor de las heladas del invierno y se han agostado ya las otras flores, como si quisieran infundir esperanza en el corazón de los hombres demostrándoles que eternamente se renueva la vida en el seno de la naturaleza, abren sus corolas las crisantemas, esas flores de otoño que tienen el perfume y los colores distintos de las demás flores; pero no menos delicados ni menos agradables.

En Battersea-Park, ante una escogida concurrencia, se ha abierto la exposición anual de crisantemas. Algunos de los ejemplares expuestos son verdaderamente maravillosos. Los aficionados admiran algunas flores presentadas por mister Chamberlain y las reputan por las más hermosas que se ha conseguido. Verdad es que, si no mienten las crónicas, le cuesta su jardín é invernáculo al exministro de las Colonias, más de 1000 libras esterlinas al año. Con razón podrá decir el diputado por Birmingham que si buenas flores tiene, buenos dineros le cuestan.

TEUFEL



FLORES DE OTOÑO

MI ÚNICO AMOR

A MI AMIGO EL JOVEN ESCRITOR CANARIO PEPE A. CHAMPSAUR Y MILLARES.

Aquella muchacha graciosa, alegre, de un genio vivaracho hasta la locura; de ojos garzos, grandes y expresivos que revelaban travesura y candor; de boquita pequeña siempre sonriente, significación victoriosa de la salud y de la alegría; de naricilla picaresca; de figura airosa y gentil; de gesto delicado y gracioso; de voz dulce y melodiosa; de ingénita elegancia; de prudente charla que descubría sinceridad é ingenio, inocencia y cultura; aquella muchacha que todo era gentileza y gracia hizo que en mi pecho naciera el primer germen de pasión amorosa.

Ella visitaba mi casa. Yo frecuentaba también la suya.

Era una tarde obscura, tenebrosa, triste... muy triste... El cielo parecía una nube negra infinita: intransparente velo que impedía la luz plácida y melancólica del sol. Llovía á modo de niebla: las menudas gotas de agua descendían lentamente empapándose apenas caídas, en el sediento monstruo que con ansia suprema las esperaba: la tierra... Pero sin embargo era una tarde poética que brindaba á sentir, á amar...

Fui á la casa de la venusta muchacha como si presumiese, ó, más bien, presumiendo que me esperaba el triunfo de mi obstinada pretensión.

Allí estaba. Antojábaseme aquella tarde más bella que nunca.

Aprovechando una ocasión en que nos quedamos solos la hice la declaración de mi amor, quizá romántica, cursi tal vez, y ella con el fuego de su juvenil ardor en la mirada y la sonrisa que siempre mostraban sus labios, se levantó é inclinando el cuerpo como presa de una atención intensísima, dijo con agitada y trémula voz:

—¿Oyes? ¿No oyes nada?

—No, nada,—la dije confuso cuasi.

—Sí, hombre, es la voz de Doña Prudencia. Apenas se oye un vago y lejano rumor... con trabajo se perciben las palabras... ¡Fíjate!... ¿No oyes lo que dice?... Ve despacio, muy despacio. Espera hasta más adelante.»

—No comprendo, como tampoco oigo.

—Pues yo sí que comprendo. Hay que esperar á que transcurra un poco más de tiempo.

—No hay mujer que valga. Me lo aconseja la Gran Señora y yo la respeto.

Sali. La Naturaleza era la misma de momentos antes: triste, tenebrosa... lóbrega...

Desde entonces siempre que hay una tarde obscura, triste, en la que, como en aquella, el cielo parece un negro é intransparente velo que impide la plácida luz del sol; siempre que hay una tarde en la que, como en aquella, la llovizna cae queda, quedamente, siempre siento un impulso inexplicable que me arrastra á la casa de la muchacha de ojos grandes y expresivos, impulso aliñado de un deseo de hablarla de amor tan grande como la tristeza de la tarde, como los días que paso esperando, confiando que llegue ese *más adelante* inlegable. Pero luego que la veo me abstengo. Pienso, y temo que se vuelva á oír el lejano é imprudente consejo de *La Prudencia*.

A. B. C.



la juerguecica mortuoria que vamos á celebrar bebiendo unas cuantas rondas dos ó tres chicos alegres con dos ó tres buenas mozas!



El letrado le pregunta: —¿Le dió usted recibo ú otra especie de documento?

—No.

—Pues, no le pague.

—¡Contra!

Dice que me quiere echar por los tribunales.

—Poca

cosa podrá hacer.

—Añade

que, por su fe de Chirola, si me pilla me espanzurra; y no lo cuenta de broma.

resuelto estoy. No le pago. ¡Conque, gracias! ¡Y hasta otra!... Da media vuelta el *matraco* contento como una alondra, mas se detiene al oír que le llama el de la toga.

—¿Para qué me llama usted?

—Usted se va y no me abona el duro de la consulta.

—Pa duros estoy... ¡recontra!...

Tiene usted recibo?... ¿No?...

¡Pues, váyase usted á la porra!

José M.^a GRAU GARCÍA

Barcelona, 18 julio 1903.

Una consulta

(CUENTO BATURRO)

Al distinguido letrado don Alberto Bernis.

oñín que es el baturrico más listo de Zaragoza fué á casa de un abogado y le enjaretó esta historia:

—Hace un año ó poco menos, que me prestó el tío Chirola cien duros y no *quió* dárselos porque me ha *birlau* la novia. Me ha *dejau* viudo y que pague

—Mal para él.

—Peor pa mí

Pero ya que usté, que goza de fama de sabio en leyes, me induce á que le dé *coba*,

Batiburrillo

CORRESPONDENCIA

P. P. T.—Creo que ha puesto usted poca atención al escribir sus versos ¡*Escuchad!* pues unos tienen esa metrificación extraña del género modernista y otros son endecasílabos perfectos. Una cosa u otra. ¿No le parece á usted? Y si ha de valer mi consejo leal, ¡déjese de modernismos que no duran más que la vida del heno, á la mañana verde, seco á la tarde!

D. A. de S.—Amigo mío: empiezo á leer sus versos y me encuentro que dicen:

Para entregar al señor
Rubustiano Perdigón.
(Se la remito ahí, por
no saber su dirección).

Cuarteta que tiene el horrible defecto de ser asonantes los cuatro versos. Defecto ¡ay! ¡imperdonable!

D. V. D.—Procuraremos encajarlo. Gracias.

Un valenciano.—La idea de la creación del Sannatorio de Porta-Coeli, es digna del mayor encomio. Pero créame, que tal como se han puesto las cosas, no han de ser versos, sino monedas de cinco duros lo que hay que dar, para que la obra del doctor Moliner pueda volver á abrir sus puertas.

P. B. Murguista.—Muy noble y muy levantada es la conducta que usted sigue, consagrando al cultivo de las letras sus ratos de ocio. Pero créame: antes debe leer y estudiar un poco, para poder hacer algo después con fruto y aprovechable.

D. J. C. y V.—Mahón.—Procuraré complacerle; pero no sé cuando.

D. A. B.—Sitjes.—Lo que á usted ha molestado

debía haberle servido de satisfacción. Esas confusiones, sospechas ó como quiera usted llamarlas, siempre honran. Respecto al artículo, veré el modo de insertarlo cuanto antes. Pero insisto en que no sé cuándo podrá ser.

Chispa.—Por Dios, ¡no me venga usted con esas tristezas!

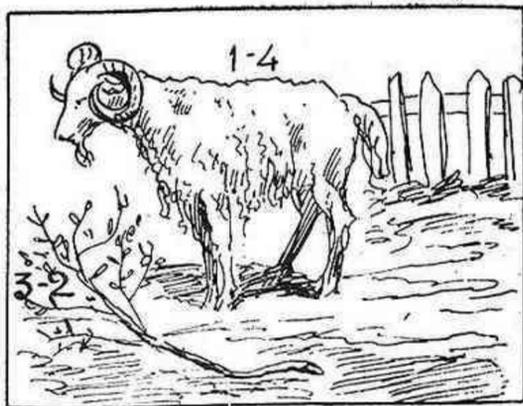
BIBLIOGRAFÍA

El infatigable y distinguido literato señor Pérez Nieva acaba de publicar un precioso libro titulado *Mi muerta*, colección de composiciones poéticas, inspiradas en motivo tan doloroso y triste como es la muerte de la caritativa y bondadosa señora que fué la compañera en el mundo del reputado escritor.

En *Mi muerta*, hay poesías en extremo sentidas, verdaderos torrentes de lágrimas por desgracias inevitables é inesperadas, que lacerando el alma del poeta le han hecho vibrar las cuerdas más recónditas de su corazón.

Es un libro por el que se debería dar á Pérez Nieva la enhorabuena, sino se le tuviera que dar el pésame.

CHARADA



Tipografía Maucci, Mallorca 166.—Barcelona.

Magnífica oleografía de S. S. PÍO X

Tenemos el gusto de participar al público en general y á nuestros corresponsales en particular, que el verdadero, auténtico y más reciente retrato que se ha hecho del nuevo Papa Pío X, lo acaba de poner á la venta, con éxito asombroso, la Casa Editorial Maucci, que no ha escatimado gasto alguno para que la oleografía de S. S. resulte una grandiosa obra de arte que ha de poseer toda familia cristiana.

Este retrato, pintado por el notable artista Joaquín Diéguez, mide 65 X 90 centímetros, y á pesar de constituir un hermoso cuadro de valor inapreciable, su precio es el ínfimo de **5 pesetas**, libre de gastos de franqueo.